

ALDEA
LITERARIA

La
hechicera del
mediodía

MICHEL HONAKER



**ALDEA
LITERARIA**

**La
hechicera** del
mediodía

MICHEL HONAKER

**ALDEA
LITERARIA**

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Valeria Castelló-Joubert

Corrector: Mariano Sanz

Coordinadora de Arte y Diseño: Valeria Bisutti

Diagramación: Laura Barrios

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Honaker, Michel

La hechicera del mediodía. - 2a ed. 1a reimp. - Boulogne : Cántaro,
2015.

128 p. ; 20x14 cm. - (Aldea Literaria)

Traducido por: Valeria Castello Joubert

ISBN 978-950-753-390-7

1. Narrativa Francesa. 2. Novela. I. Castello Joubert, Valeria, trad.
CDD 843

La
hechicera del
mediodía
MICHEL HONAKER

Título original: *La sorcière de midi*

By Michel Honaker

Series: Rageot Heure noire rouge

© Rageot Éditeur - Paris, 1991-2004

ISBN 9782700229233

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-390-7

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



capítulo 1
Williams, el matón

... *Estoy esperando desde hace mucho tiempo al costado de esta gran ruta, no lejos de mi pueblo, donde los camiones nunca paran. Todavía no estoy cansado de esperar, aunque los pies se me empiezan a poner azules adentro de las medias mojadas. Ya comí el sándwich que me dio mi madre antes de salir, diciéndome que ir a la ruta para ser grande era más difícil de lo que pensaba y que además tuviera cuidado de no andar hablando por todas partes como suele ocurrirme. Comí el sándwich porque tenía hambre. Tengo hambre a menudo, por eso soy un poco más gordo que los demás. Pero para ser grande, es mejor ser un poquito gordo también...*

—¿Ed?

Estoy esperando el micro que lleva a los grandes al valle, donde hay una ciudad llena de calles, calles llenas de casas, y en las casas, un montón de antenas para mirar los dibujos animados en la tele. Hay que tomar ese micro para ser grande.

A pie sería más largo.

El micro toca la bocina. Al pasar, me salpica con nieve. ¡Qué bien! Creo que me vio un poco tarde. Sin embargo, no soy tan bajo. Por suerte, frena y para un poco más lejos. Empiezo a correrlo. Tuve miedo. Hubiera sido

un problema perdérmelo. Se abre la puerta con un ruido de globo que se desinfla y el chofer...

—¡Edmond Willoughby!

... El chofer tiene una cara muy simpática, sobre todo por la gorra que tiene puesta al revés y que le cae sobre los ojos, como a papá cuando trabaja en el jardín. Me dice:

—Estoy seguro de que te vas para ser grande. Pero la ciudad queda lejos todavía. Sube, te llevo.

Me parece que debe ver a menudo chicos que parten como yo a la aventura. Me ayuda a subir. El micro es requetealto. Hace calor adentro y hay olor a cigarrillo. No es desagradable, pero dan ganas de toser. Está lleno de gente igual que está sentada, con sus bolsos sobre las rodillas, y todos me miran...

—¡Ed! ¡Otra vez en la luna!

—¿Y qué vas a hacer cuando seas grande? —me pregunta el chofer.

Y yo le contesto lo que siempre soñé contestar a un chofer que me lleva en su micro hasta el valle donde uno se vuelve grande.

—Quiero ser escritor, y para eso hace falta mucha gente que pueda leer mis novelas, si no...

Acaban de sacarme la hoja y me doy vuelta para darle un tortazo a Williams, porque Williams, con esa cara de bestia, es el único capaz de hacer algo así. Retrocede cruzando las manos delante de su cara de rata. No soy el más fuerte, pero soy el más gordo, y mis piñas duelen cuando van directamente a la nariz. Solo que no es Williams quien sacude mi hoja, sino la señorita Baldwin, mi maestra. Me mira con enojo. Tiene la nariz fruncida y la boca encogida. Es linda la señorita Baldwin, aun cuando está enojada.

Estoy en apuros. Es molesto que la maestra te mire fijo delante de todos. Williams aprovecha para reírse como un tonto, y para dar codazos a sus amigos que lo son tanto como él. Williams tiene una manera rara de reírse, sobre todo cuando está sentado. Tuerce el cuello para todos lados

como si tuviera una araña en la espalda, y también muestra los dientes, que no son muy lindos porque no se los debe lavar seguido.

No me cae muy bien. Él y su banda se las arreglan siempre para caerme encima todos juntos. Me sacan los útiles o me manchan la ropa. Total a ellos no los retan después en sus casas. Y también sobornan a los más chicos en el recreo. Les piden monedas o malvaviscos. (Los malvaviscos son esas bolas de colores que el señor Hackendown vende en el pote rojo, que está cerca de la caja. Son muy ricos y muy nutritivos, a pesar de lo que dice el doctor que no entiende nada, dado que nunca los come).

Oigo a Williams decir entre dientes cosas poco amables sobre mi pantalón demasiado apretado que mamá no tuvo tiempo de agrandar porque este año el invierno llegó demasiado rápido.

Williams merecería en verdad que le pegue, solo que la maestra no me saca los ojos de encima. Está esperando una explicación a propósito de mi hoja en blanco. Empiezo a ponerme colorado, y cada vez que eso sucede mi cara causa gracia. La clase entera se ríe, sobre todo las chicas. Dejarán de hacerse las vivas cuando las corra durante el recreo para tirarles de las trenzas.

—Edmond —dice la maestra—, tienes que aprender a ponerte a trabajar al mismo tiempo que todos en lugar de distraerte. Siempre pasa lo mismo. Por lo tanto, te voy a poner una nota...

—¡Señorita, es que tenía un montón de cosas para contar!

—No tenías que contar tu vida, solo decir cómo creías que uno se vuelve grande...

No contesté. Las verdaderas víctimas son mudas, dice mi padre, que es pastor¹. Y además no tengo la impresión de que la señorita Baldwin tenga muchas ganas de escuchar mis explicaciones. Parece apurada para que salgamos y mira a menudo la hora como para pedirle que pase más rápido.

1. El *pastor* es el ministro de las iglesias protestantes.